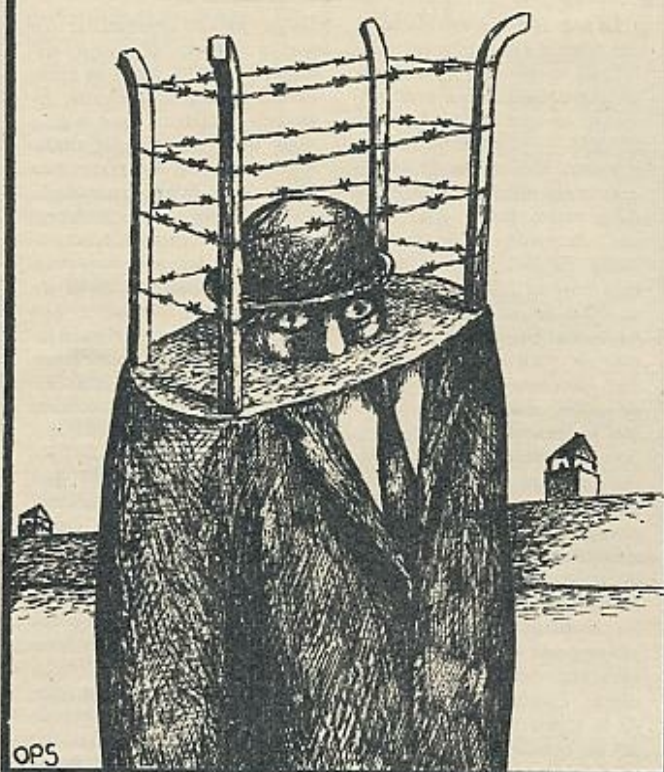


# LA LLAMA DE 1965

OPS



OPS



OPS

Hasta mediados de 1971, la letra «C» en la guía telefónica de La Habana empezaba con la abonada Caamaño, Delia; de la calle Zanja. Pero en mayo pasado, algunos correspondientes extranjeros se sobresaltaron al recibir el nuevo ejemplar de la guía: ahora, la columna de la letra «C» comenzaba por Caamaño, Francisco; calle Joaquín, 412, 80-6683.

Durante unas horas, el descubridor del dato y otros periodistas vivieron una emoción profesional. ¿Sería posible que el legendario coronel dominicano Francisco Caamaño Deno —héroe de la revolución de 1965, desaparecido pocos meses después— hubiera sido localizado mediante una línea perdida en una guía telefónica? Una llamada comprobó después que el pacífico señor Caamaño de la calle habanera de San Joaquín no tenía nada que ver con coronel ni con otra revolución que la de Cuba, su patria. Del episodio sólo quedó el párrafo primero de una posible nota sensacional, que un bromista regaló al descubridor: «Francisco Caamaño se encuentra en Cuba, a la cabeza de una columna (en la guía telefónica)».

Sin embargo, el equívoco y el nerviosismo que el episodio produjeron por un rato revelaron que la leyenda de Caamaño como posible insurrecto seguía intacta.

Desde 1967, en que el coronel renunció a una agregatura diplomática en Londres y desapareció, las versiones más diversas habían circulado cada año sobre su persona: retirado para siempre de la política con nombre y fisonomía cambiados (gravemente enfermo en un país socialista, entrenándose para su regreso en otros países socialistas, asesinado por la CIA), Caamaño Deno era, hasta principios de semana, una leyenda. Hace poco menos de un mes, las agencias informativas mundiales difundieron la última historia: el coronel había fallecido de un ataque cardíaco en Santiago de Cuba.

Finalmente, en la madrugada del 5 de febrero, Caamaño parecería haber probado que está vivo, bien de salud y con propósitos concretos: al frente de un grupo en armas, habría desembarcado en la República Dominicana. Habría elegido para su regreso al país y a la lucha revolucionaria, una desierta playa de la provincia de Azua, en la Costa Sur dominicana, a sólo 150 kilómetros de Santo Domingo, la capital. Los últimos informes daban a los invasores como habiendo alcanzado ya la cadena montañosa de Ocoa, en el centro de la provincia.

La espectacular reaparición del coronel vuelve a atraer la atención mundial sobre la pequeña isla del Caribe, como en 1965. Entonces, Johnson desembarcó en la República Dominicana 42.000 sol-

dados e infantes de Marina para aplastar con ferocidad la revolución que Caamaño encabezaba, al frente de algunos cientos de civiles mal armados y una docena de oficiales.

A casi doce años del ajusticiamiento de Rafael Leonidas Trujillo, el trujillismo sobrevive y ha recuperado terreno en la República Dominicana. Cambió el nombre de sus beneficiarios (los cincuenta y cinco familiares de Trujillo están en el destierro), pero la concepción del dictador permanece como idea política, como sistema de explotación del pueblo y como instrumento de la dominación norteamericana. Simplemente, otro grupo de poder ha suplantado al trujillato.

La sucesión está representada por Joaquín Balaguer, que viene gobernando al país prácticamente desde la muerte del tirano. Primero fue Presidente-titular de Trujillo, cuando la presión del Departamento de Estado obligó a éste a quedar fuera del Gobierno nominal.

En 1961, al ser ejecutado «el benefactor», la CIA y el embajador norteamericano confirmaron a Balaguer en el cargo. Después de dos mandatos se dispone nuevamente a ganar las próximas elecciones presidenciales.

El país ha sido entregado —una vez muerto Trujillo, que acaparaba para sí las riquezas nacionales— a las grandes compañías mineras y plantadoras de los Estados Unidos de tipo intermediario. El central La Romana de la South Porto Rico Sugar Company, es el mayor de la isla y produce la cuota principal de las 700.000 toneladas de azúcar que Estados Unidos compra en la Dominicana. La Falconbridge Nickel Mines y la Alcoa explotan vastas concesiones extractivas de cobre, níquel y bauxita, convertidas en Estados interiores autónomos, con Policía, leyes y puertos propios.

En ese cuadro, del que no vendría olvidar el terror policíaco, los partidos y grupos revolucionarios —aunque atomizados y desunidos— parecen coincidir en un rasgo: el ímpetu revolucionario que proporciona la inexistencia de toda solución que no sea la violencia. Ello es una condición objetiva importante, casi unánime. Desde mediados de 1971, los partidos han reiterado ese pronunciamiento. En varias entrevistas realizadas este año pudo recoger posiciones que a la luz de la invasión del día 5 cobran un especial significado.

El profesor Juan Bosch —Presidente derrocado por un golpe militar en 1963, y por cuyo regreso combatió Caamaño en 1965— es jefe del mayoritario Partido Revolucionario Dominicano. Su PRD se abstuvo en las elecciones de 1970, y un año después expresaba Bosch:



El coronel Francisco Caamaño, antes de que la revolución que encabezó en 1965 fuese abortada por el desembarco de los «marines» USA, aclamado por la multitud en el Parque de la Independencia, de Santo Domingo.

—Ya tampoco podemos hacer la revolución democrático-burguesa, no lo permiten los Estados Unidos. Los norteamericanos no autorizarán ni siquiera una revolución democrático-burguesa en ninguna parte, nunca más.

Y añadió:  
—Aquí, le repito, no hay una salida política en los tres o cuatro años próximos, por lo menos. La situación dominicana depende de la crisis económica norteamericana, que será reflejo de una crisis estructural del capitalismo.

«Tenemos que ir preparando las condiciones para que esa crisis, cuando se produzca, tenga en la República Dominicana las repercusiones debidas.

Narciso Isa Conde, secretario general del partido comunista dominicano, declaró:

—Una vía violenta es la única salida en las condiciones dominicanas. Y tenemos que contar con otro factor, que es casi de ley: la intervención militar norteamericana.

El Movimiento Popular Dominicano —partido marxista y clandestino, cuyos dirigentes de los últimos años han sido asesinados casi en su totalidad— se expresó a través de un portavoz no identificable con este criterio:

«El MPD dice que los revolucionarios deben aprovechar las contradicciones momentáneas de los grupos de derecha y utilizarlas para sus propios fines. Por eso plantea la necesidad de derro-

car a este Gobierno por la violencia, como primer paso, con la participación de los militares que dentro del Gobierno tengan una posición progresista».

Un dirigente del Movimiento Revolucionario Cristiano, encarnado en los comités revolucionarios —Camilo Torres, «Corecato»— también clandestino, indicó:

—La experiencia nos demuestra que todos los grupos dominicanos de izquierda, desde el más radical hasta el más consecuente con el sistema, no plantean la vía institucional. No visualizamos cómo se podría llegar al poder por una vía institucional. No nos dejarían.

Juan Bosch se ha clandestinizado, y desde su escondite acusa a Balaguer de aprovechar la circunstancia para tramitar su deportación; también ha negado la participación del PRD en el desembarco.

La fluidez del panorama dominicano no excluye, en último término, la posibilidad que en 1971 mencionaba el portavoz del MPD: Que el alejado retorno de Caamaño al país y su prestigio, acrecentado por el tiempo, promueva dentro de filas militares alguna ruptura con Balaguer.

Las próximas horas podrán concretar cuáles de ese abanico de posibilidades aparecen viables para la revolución dominicana, todavía por hacer. ■ CARLOS MARIA GUTIERREZ.

## Los Contem pora neos

### REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION

Una principalísima utilidad de las revoluciones es que permiten el ejercicio de las contrarrevoluciones. Hay países donde los aficionados a la contrarrevolución tienen tanta impa-

ciencia por manifestarse, que inventan las revoluciones. Parece ser, por las últimas señales, que es el caso concreto de Santo Domingo. Hubo un desembarco misterioso de ocho individuos; el Gobierno de Balaguer llamó a eso una invasión, encontró en la playa la lancha de los revolucionarios y en ella documentos que les relacionaban con la oposición política para lanzar la "Operación Aguila Feliz" —¡la revolución!— y procedió a ejercer medidas contrarrevolucionarias: los dirigentes de la oposición —Wessin y Wessin, general; Juan Bosch, intelectual— dicen que todo es una superchería gubernamental para poder desmantelar la oposición, que por primera vez se manifestaba unida. Sería un error, porque las oposiciones son también necesarias, a condición de que no puedan conquistar nunca el poder.

Algunos grandes teóricos de la contrarrevolución han expresado la teoría de que ésta puede vivir por sí misma, sin necesidad de movimientos revolucionarios. Así el conde José de Maistre, para quien una contrarrevolución "no debe ser una revolución contraria, sino lo contrario de una revolución". Feliz e inútil frase. Con algunas otras equivalentes. Por ejemplo, "destruyamos la destrucción". "Cuando el hombre trabaja para restablecer el orden —escribía— se asocia con el autor del orden y está favorecido por la Naturaleza; es decir, por el conjunto de las causas segundas, que son los ministros de la Divinidad".

Siglo y pico más tarde, otro ilustre francés, Charles Maurras, mantenía en su libro "La contrarrevolución espontánea" que "las revoluciones están hechas antes de estallar": el contrarrevolucionario, por lo tanto, debía mantenerse en lucha continua —la contrarrevolución permanente— para que fuesen destruidas en el huevo. Tuvo mala suerte. Vino

una contrarrevolución en Francia —la que restauraba el orden natural: es decir, la que pudo expulsar a los ocupantes alemanes nazis— y encontró que Maurras había sido revolucio-

nario. Le condenó a cadena perpetua. Pero el conjunto de las causas segundas no permaneció inactivo y le premió por una vía maravillosa: el Ayuntamiento de Madrid dedicó una calle a su nombre, y hasta castellanizó su nombre: calle de Carlos Maurras. Tiene, entre nosotros, numerosos admiradores.

En la práctica, estas ideas de mantener la contrarrevolución sin que existan sospechas o conatos de revoluciones no suele dar el resultado apetecido. Falta estímulos. Contubernios, conjuras, agentes venidos del exterior, complot, aparatos o emponzoñamientos sutiles son algunos de los estímulos que ponen en movimiento el motor siempre bien engrasado de la contrarrevolución. A veces hacen falta sacudidas más fuertes. El incendio del Reichstag que los nazis atribuyeron al búlgaro Paul Dimitrov, y que habían preparado ellos mismos el asesinato del Presidente por el ruso Gorguiov, que llevaba encima un carnet de militante del partido comunista —desgraciadamente, falso—, son algunos de los grandes estímulos que los contrarrevolucionarios históricos se han dado a sí mismos para cumplir con mayor celeridad su misión de colaboradores predilectos de la Divinidad en el restablecimiento del orden. Que nunca, por supuesto, está suficientemente restablecido. Si fuese así, la contrarrevolución podría dejar de ser permanente, y las situaciones excepcionales tendrían que terminar, con gran peligro para el orden, que nunca se puede restablecer del todo, etcétera.

La "Operación Aguila Feliz" en la República de Santo Domingo parece estar inscrita en esta línea. No parece que haya sido un alarde de imaginación, pero eso nunca es necesario. Lo que importa son los resultados. Y los resultados están previstos de antemano. Es lo bonito de las revoluciones producidas por la contrarrevolución.

POZUELO